

EN ESTADO DE SITIO.



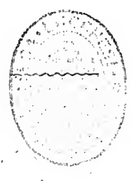
EN ESTADO DE SITIO,

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades de esta Córte, el 24 de Diciembre de 1872.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
PEPA	STA. D.ª CONSUELO TORRECILLA.
AMALIA	JUANA ESPEJO.
MANUEL	DON JOSÉ VALLÉS.
RICARDO	ANDRÉS RUESGA.

La accion en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

PEPA, AMALIA.

PEPA. Pero, Amalia, no te comprendo. Hace quince dias que exigiste de mi amistad el favor de que me viniera á vivir á tu casa y me interpusiera entre Manuel y tú siempre que él se acercara á tí. Accedí creyendo que se trataba de una broma, pero la situacion se va prolongando demasiado; Manuel no oculta el estado de irritacion en que se halla, y te confieso francamente que cuando no me ha tirado por el balcon, ha dado pruebas de ser el más sufrido de los hombres.

AMALIA. Todo te lo explicaré, con tanto más gusto cuanto que ya está para terminar esta situacion insoportable.

PEPA. Habla.

AMALIA. Tú crees que yo estoy casada?

PEPA. Es claro!

AMALIA. Yo tambien lo creía hace quince dias...

PEPA. Y qué?

AMALIA. Que segun dice Ricardo no hay semejante cosa.

PEPA. Ricardo?

AMALIA. Nnestro abogado! Ya sabes que Manuel tiene un pleito: Ricardo le defiende y tuvo necesidad de yo no sé qué árbol de familia, del cual resulta tan claro como la luz del dia qne Manuel y yo somos primos en tercer grado.

PEPA. Y eso qué importa?

AMALIA. Que como no teníamos noticias de semejante parentesco nos casamos sin dispensa.

PEPA. Bien.

AMALIA. Pues mal.

PEPA. Mal?

AMALIA. Ricardo me ha explicado que un tal Teodosio el Grande prohibió el matrimonio entre primos bajo pena de nulidad.

PEPA. Pues te ha divertido Teodosio el Grande!

AMALIA. Ah! Y si no hubiera sido por Benedicto catorce!...

PEPA. Otro?

AMALIA. Sí, pero éste era más amigo de arreglar las cosas, y dispuso qne los matrimonios que se encontráran en semejante caso, pudieran ratificarse sin más que obtener una dispensa que están autorizados para conceder el Nuncio y los obispos.

PEPA. Hija, sabes más leyes que el que las inventó.

AMALIA. Ricardo me lo ha explicado todo.

PEPA. De modo que tu casamiento...

AMALIA. Mientras no se ratifique, es nulo segun las leyes canónicas.

PEPA. Pues de qué te sirvió presentarte delante del cura de la parroquia?

AMALIA. De nada... como si me hubiera presentado delante de un sargento de caballería.

PEPA. Y oir la epístola de San Pablo?...

AMALIA. Como si hubiera oido las coplas de Calainos.

PEPA. Hija, en el dia no hay nada seguro. Y qué dijo tu marido al saber esa novedad?

AMALIA. Mi marido?... Ojalá lo fuera.

PEPA. Bien, pues qué dijo ese... individuo?

AMALIA. Ese individuo no ha dicho nada por la sencilla razon de que no sabe una palabra.

PEPA. No?

AMALIA. No por cierto.

PEPA. Me asombras!

AMALIA. Ponte en mi lugar.

PEPA. Me pongo.

AMALIA. Manuel es muy bueno y me quiere mucho...

PEPA. Ya lo sé.

AMALIA. Pero á qué hombre por bueno que sea se le dice despues de dos años de matrimonio que no está casado?

PEPA. Á ninguno sin grave peligro de que conteste: «vuelvo.»

AMALIA. Y no se le vea más el pelo.

PEPA. Precisamente.

AMALIA. Por eso yo, con el auxilio de Ricardo, he hecho en secreto todas las diligencias para ratificar mi casamiento. Felizmente el asunto toca ya á su término, y cuando todo esté arreglado inventaré un pretexto para llevarle á la vicaría.

PEPA. Sí, y una vez allí, *«la bolsa ó la vida.»*

AMALIA. Justo. Le suelto el trabucazo... es decir, se lo confieso todo, y no dándole tiempo de reflexionar...

PEPA. Se casa contigo por segunda vez. Me parece muy bien pensado, pero todo esto no me explica el papel que me has obligado á desempeñar á pesar mio.

AMALIA. Benedicto catorce...

PEPA. Volvemos otra vez á Benedicto catorce?

AMALIA. Mandó que en la solicitud de la dispensa se expresára que cuando los cónyuges supieran el impedimento se apartaran de la vida conyugal.

PEPA. Ya!

AMALIA. Ya ves que no era cosa de engañar al Nuncio.

PEPA. Es decir, que has suspendido en tu casa las garantías constitucionales?

AMALIA. Sí, la he declarado en estado de sitio.

PEPA. Arriesgadillo me parece!

AMALIA. Y por eso te rogué que vinieras á pasar conmigo esta

temporada abandonando tu quinta de Aranjuez.

PEPA. Y me has puesto en tu gabinete, enviando á Manuel su despacho. ¿Sabes que Manuel me debe tener un odio terrible?

AMALIA. No es menor el que tiene á Ricardo.

PEPA. Sí?

AMALIA. Como que él se ha encargado de no dejarle solo ni un momento á fin de que no hable con nadie, no sea que por casualidad se entere de lo que sucede.

PEPA. Y va á durar todavía mucho la cuaresma?

AMALIA. Tal vez hoy mismo se concluya.

PEPA. Conque Ricardo ha hecho todas las diligencias?

AMALIA. Sí, en cambio de mi proteccion, que yo le he ofrecido.

PEPA. Para qué?

AMALIA. Para que tú le quieras.

PEPA. Pero ese hombre no se cansa de que le den calabazas.

AMALIA. Es tan buen muchacho!

PEPA. No lo niego, pero mi primer marido no me dejó gana de buscar el segundo.

AMALIA. Vienes á mi tocador?

PEPA. Vamos. (Vánse por la derecha.)

ESCENA II.

MANUEL, entrando por el foro.

¡Dios mio qué persecucion! Ese hombre es una berruga que me ha salido en la punta de la nariz!... Hace quince dias que no me deja á sol ni á sombra... Y por otro lado Pepita se ha instalado en mi casa, convirtiéndose en un apéndice de mi mujer, de modo que no puedo ver á Amalia sino en presencia de testigos. Estoy condenado á terceto eterno, yo que soy tan aficionado al duo...

ESCENA III.

DICHO, RICARDO.

RIC. Hola, Manuel!

MAN. (Maldita sea tu estampa.)

RIC. ¿Qué le ha sucedido á usted?

MAN. Nada.

RIC. Como ha aprovechado usted un momento en que yo me he parado en la calle de Alcalá, á saludar á un amigo, para echar á correr como alma que lleva el diablo...

MAN. Le diré á usted, es que me dolia mucho un callo y...

RIC. Hombre ¿y usted corre cuando la duelen los callos?

MAN. Sí, para llegar más pronto á casa.

RIC. Es bastante raro.

MAN. ¿Qué quiere usted? Cada uno tiene su modo de matar pulgas. Con su permiso voy un momento á mi despacho.

RIC. Vamos... (Ademan de acompañarle.)

MAN. Si salgo al momento.

RIC. Para qué? Allí podemos pasar un rato si usted quiere.

MAN. Es que me han traido un perro de presa, que muerde á todos los que no conoce; le tengo allí encerrado, y si le ve á usted se le va á almorzar una pantorrilla.

RIC. Entónces no entro.

MAN. (Gracias á Dios.) Hasta luégo.

ESCENA IV.

RICARDO, solo.

Está que trina, y no lo extraño, porque no le dejamos en paz ni un minuto. Y á todo esto mis amores sin adelantar un paso. Pepa se ha propuesto desesperarme, á pesar de que sólo por ella me he prestado yo á complacer á Amalia, desempeñando el papel que hago en esta intriga.

ESCENA V.

DICHO, AMALIA.

AMALIA. Buenos dias, Ricardo.
RIC. Á los piés de usted, Amalia.
AMALIA. Tenemos ya la dispensa?
RIC. Sí señora.
AMALIA. De veras?
RIC. Yo no miento nunca.
AMALIA. Como es usted abogado...
RIC. Gracias.
AMALIA. No he querido ofenderle.
RIC. Pues bien, ya tiene usted la dispensa.
AMALIA. Y ahora qué falta?
RIC. Nada mas que hacer una solicitud al vicario eclesiástico diciendo que quieren ustedes ratificar su casamiento.
AMALIA. Y qué dirá el vicario?
RIC. Que no hay inconveniente. Con las relaciones que tengo en la vicaría me comprometo á que la decrete en el acto, y hoy mismo puedan ustedes quedar perfectamente casados.
AMALIA. Ay... es usted un ángel!... Pero ahora que pienso... Esa solicitud ha de llevar le firma de mi marido... digo, de Manuel.
RIC. Es claro.
AMALIA. Pues es turbio, porque para eso es preciso decírselo todo, y ya sabe usted que yo no le quiero decir nada.
RIC. Pero, Amalia, piense usted que continuar guardando ese secreto es imposible.
AMALIA. Hace quince dias que lo guardamos y bien podemos guardarlo otros tantos.
RIC. Es cada vez más difícil.
AMALIA. Tiene usted ya hecha la instancia?
RIC. No señora.
AMALIA. En qué está usted pensando?
RIC. En nada.

AMALIA. Ya se conoce. Es preciso hacerlo en seguida.
RIC. (Esta señora me lleva como un zarandillo.)
AMALIA. En esa cartera hay papel sellado, tome usted un pliego y escriba pronto.
RIC. (Se sienta junto á la mesa, saca un pliego de papel de una cartera y escribe.) Pero ¿cómo va usted á conseguir?...
AMALIA. Allá veremos. Siga usted escribiendo.
RIC. Sigo escribiendo.
AMALIA. De prisa.

ESCENA VI.

DICHOS, MANUEL.

MAN. Aún está aqui.
AMALIA. (Bajo á Ricardo.) (Esconda usted eso.)
(Se coloca delante de la mesa, para que Manuel no vea á Ricardo guardar el papel en que estaba escribiendo.)
MAN. (¡Secretitos!... Y Ricardo guarda un papel.) ¡Amalia!
AMALIA. ¿Qué, hombre?
MAN. Nada... nada... (Tengamos calma.)
AMALIA (Bajo á Ricardo.) (Haga usted que se marche.
RIC. Quién?
AMALIA. Mi marido.
RIC. Me va á tirar por el balcon.
AMALIA. No importa.
RIC. Gracias.)
MAN. (Estoy haciendo un papel airoso.)
RIC. Buen dia hace hoy para dar un paseo.
MAN. Si, no lo dudo.
RIC. El campo debe estar magnífico.
MAN. Muy bueno.
AMALIA. Y respirar el aire libre es muy saludable.
RIC. Y á usted le conviene mucho pasear, amigo mio.
AMALIA. ¡Oh! siempre se lo estoy diciendo...
RIC. Porque lo cierto es que va usted engordando mucho.
MAN. Hombre, estoy como siempre.
RIC. No por cierto.

AMALIA. El dia ménos pensado le da una apoplegía...
MAN. Vaya... vaya... déjense ustedes de bromas.
RIC. No es broma.
AMALIA. Hablamos de veras.
MAN. Pues yo les digo á ustedes que no he engordado... ántes al contrario, estoy flaco, lo mismo que un espárrago y me voy á morir tísico.
RIC. ¡Qué! hombre...
AMALIA. No hay peligro.
MAN. Pues yo digo que sí le hay... He resuelto morirme tísico y me moriré tísico... no faltaba más si no que no pudiera uno morirse de lo que le diera la gana.
RIC. Pues yo aseguro que pasear le conviene á usted mucho.
AMALIA. Sobre todo á esta hora... Hace poco que has almorzado y tú no haces muy buenas digestiones.
MAN. Pero si tengo un estómago lo mismo que un buitre, y soy capaz de digerir piedras.
RIC. Esas son aprensiones de usted.
MAN. Hombre, si sabré yo cómo tengo el estómago?... (Está visto... quieren echarme de casa.)
AMALIA. El Retiro está delicioso...
RIC. Debia usted irse á ver los barcos.
MAN. (No he visto descaro semejante.)
AMALIA. Ó á echar pan á los patos.
MAN. Ó á tirarme de cabeza en el estanque...
AMALIA. Mira, luégo entras en el Suizo y tomas un pastelillo.
RIC. Y una taza de café.
AMALIA. Y una copita.
RIC. Y una breva de Cabañas.
AMALIA. Justo así te aficionarás á fumar, y tendrás una distraccion que hoy no tienes.
MAN. Me parece que contigo, tengo ya bastante distraccion.
RIC. Conque vaya... que aproveche el paseo.
AMALIA. Toma... (Le da el sombrero, que dejó sobre una silla en la escena primera.)
MAN. ¿Qué es esto.
AMALIA. El sombrero.

MAN. Pues mira, puedes guardarlo, porque hoy no salgo.
AMALIA. Que no sales?
MAN. No.
RIC. Hace usted mal.
MAN. Corriente. (Me parece que no puedo estar más digno.)
RIC. (Qué hacemos, Amalia? (Bajo á Amalia.)
AMALIA. Váyase usted á su casa y escriba en ella esa instancia.)
MAN. (Qué más pruebas quiero?...)
RIC. (Bajo á Amalia) (Y qué más?
AMALIA. En cuanto esté escrita venga usted á traérmela.)
RIC. Puesto que Manuel no quiere pasear...
MAN. No señor, juro no volver á pasear en mi vida.
RIC. Pues yo voy á hacer un poco de ejercicio.
MAN. (Ya te haria yo hacer ejercicio desde aquí á Ceuta ó al Peñon de la Gomera.)
RIC. Á los piés de usted, Amalia.
AMALIA. Hasta luégo, Ricardo.
MAN. (Ya le dice que vuelva... Y en mis barbas!)
RIC. Adios, Manuel.
MAN. Vaya usted con Dios. (Váse Ricardo foro.)

ESCENA VII.

AMALIA, MANUEL, luego PEPA.

MAN. (Ántes de provocar un escándalo quiero tener con ella una explicacion. Un marido en estos casos necesita mucha prudencia.)
AMALIA. (En qué estará pensando?)
MAN. Ya que este es el primer momento en que desde hace tantos dias logro verte á solas...
PEPA. (Entrando por la derecha.) Buenos dias, Amalia... Muy felices, Manuel.
MAN. Vuelvo. (Toma el sombrero y váse corriendo por el foro.)

ESCENA VIII.

PEPA, AMALIA.

PEPA. Cada vez me parece más arriesgado lo que estás haciendo.

AMALIA. El pobre Manuel está que trina.

PEPA. Y con razon.

AMALIA. Ya podia estar aqui Ricardo.

PEPA. Hace poco que se marchó.

AMALIA. Su casa está muy cerca. Ha ido á poner una instancia al vicario eclesiástico...

PEPA. Entónces no tardará.

AMALIA. Mucho más teniendo la esperanza de verte.

PEPA. Hija, qué persecucion!

AMALIA. El pobre te quiere tanto... y tú debias quererle, porque mira, es un buen muchacho, tan inocenton, tan servicial...

PEPA. Sí es tan bueno como dices, cásate con él, ya que Teodosio el Grande te ha dejado soltera.

AMALIA. Aquí creo que viene.

PEPA. ¿Teodosio?

AMALIA. No, Ricardo.

ESCENA IX.

DICHAS, RICARDO.

RIC. Aquí está ya la instancia... Ah, Pepita...

PEPA. Buenos dias, Ricardo.

AMALIA. Venga ese documento.

RIC. (Da un papel á Amalia.) Tome usted.

AMALIA. Está bien. Aquí tengo que firmar yo?

RIC. Primero Manuel.

PEPA. Los hombres siempre van delante.

AMALIA. Pues yo á Manuel no le digo que firme.

PEPA. Firme usted con su nombre, Ricardo.

RIC. ¡Señora! ¿quiere usted que me envien á presidio? ¡Oh! Y la ley está bien terminante.

PEPA. Bueno, bueno: no nos recite usted ahora ningun artículo del código.

AMALIA. Firme usted diciendo que el interesado no lo hace por no saber escribir.

RIC. No saber escribir un agente de Bolsa?

PEPA. Pues diga usted que se ha muerto y le ha dejado ese

encargo.

AMALIA. No, mujer, que puede que no quieran casar al adáver.

PEPA. Vaya... yo firmaré por él... Estos hombres no sirven para nada. (Toma el papel de manos de Amalia, se acerca á la mesa y firma.) «Manuel Caldes.» Mira, y que no me ha caido ningun borron, lo cual no deja de ser extraño.

RIC. ¡Valiente causa criminal la podian á usted formar ahora! Ah! pero yo la defenderia, y estoy seguro de conseguir la absolucion. Para eso me pinto solo! Mire usted, hace poco defendí á uno que habia matado á su padre, y saqué tal partido de la circunstancia de que el reo era huérfano, que en lugar de enviarle al palo, sólo fué á presidio.

PEPA. Hombre, ¿y se atrevió usté á llamar huérfano á uno que habia matado á su padre?

RIC. Me parece que no por eso dejaba de serlo.

AMALIA. Voy á mi cuarto á leer despacio esta solicitud. (Bajo á Ricardo.) (Le dejo á usted sólo con ella.

RIC. Muchas gracias.) (Váse Amalia por la derecha.)

ESCENA X.

PEPA, RICARDO.

PEPA. (Vamos... Este era plan convenido.)

RIC. Pepita, yo tengo que hablar con usted.

PEPA. Pues hablemos.

RIC. El caso es que... no me mire usted, Pepita.

PEPA. Que no?

RIC. Ó por mejor decir... sí... hágame usted el favor de mirarme... porque... ¡caramba! Tiene unos ojos que me rio yo del Fuero Juzgo y de las Siete Partidas del Rey Sabio...

PEPA. Pero ¿qué galimatías es ese?... ¿qué tenemos que ver ahora con esas leyes?

RIC. No, le diré á usted... Al hablar yo de sus ojos los encontraba perfectos, y como esas leyes lo son tambien...

PEPA. Segun eso podia usted haberme comparado con el elefante Pizarro.

RIC. ¿Quién piensa en eso?

PEPA. ¿Negará usted que es un elefante perfecto?

RIC. Bien, pues es el caso que... mire usted... yo soy un buen muchacho.

PEPA. Basta que usted lo diga.

RIC. Lo dicen todos los que me conocen, y yo por no desmentir á nadie...

PEPA. Corriente.

RIC. Tengo ya bastantes pleitos, y mi reputacion de criminalista... vaya... pregunte usted por mí en el Saladero...

PEPA. Á buen sitio envia usted por los informes.

RIC. Es que allí tengo muchos clientes.

PEPA. Sí?

RIC. Mi nombre es más popular en aquellos patios!... Desde que salvé al parricida de que he hablado ántes, todos los criminales quieren qne les defienda.

PEPA. Vamos.

RIC. Mi casa está siempre llena de ladrones, asesinos, falsarios, estafadores.

PEPA. Hombre, pues tiene usted una sociedad muy escogida.

RIC. Vienen á consultarme, á darme las gracias por mis defensas y á pagarme mis honorarios, porque debe usted suponer que cuando vienen á mi casa ya están absueltos y libres.

PEPA. Y no le quitan á usted el reloj para memoria?

RIC. Oh! No señora.

PEPA. Pues sabe usted lo que pienso?

RIC. Qué?

PEPA. Que usted hace más daño á la sociedad que todos ellos juntos, puesto que impide que les castiguen.

RIC. La toga me impone el deber de defender á todos los que depositen en mí su confianza. Pero en fin, he dicho esto para que vea usted que mi bufete no es despreciable.

PEPA. Y sobre todo bien concurrido.

RIC. En cuanto á mi figura... Vamos, ¿qué le parece á usted mi figura?

PEPA. Hombre!...

RIC. Francamente.

PEPA. Pero esa pregunta?...

RIC. Vamos, ¿es verdad que no soy feo?...

PEPA. Cuando usted lo dice...

RIC. No, mire usted, mi madre era la que siempre me llamaba hermoso... Por supuesto que era una exageracion, pero en fin... yo creo que... Pues si viera usted mi carácter!...

PEPA. Tambien el carácter?

RIC. Soy lo más bonachon y lo más tonto que Dios ha echado al mundo.

PEPA. Veo que no tiene usted mala opinion de sí mismo.

RIC. Me hago justicia. Ya ve usted, toda mi vida la paso ocupado en procurar que se la hagan á los demas, con qué razon es que tratándose de mí...

PEPA. Sea usted su propio cliente?

RIC. Justo.

PEPA. Conque quedamos en que tiene usted buen carácter. Y ¿á qué viene todo eso?

RIC. Á que me parece á mí que mi mujer será muy feliz.

PEPA. Mejor para ella.

RIC. Mejor para usted.

PEPA. Cómo para mí?

RIC. Digo, me parece... que... pues... la... Vaya, ya me he turbado... Si yo soy así, cuando usted me mira con esa sonrisa burlona, y esos ojos tan... vamos, me aturdo, y no sé lo que digo... se me olvida el discurso que he estudiado en casa, y... ea, yo me quiero casar con usted. He dicho.

PEPA. Qué atrocidad!

RIC. Cómo!

PEPA. Digo... usted dispense... pero, amigo, me ha disparado un verdadero trabucazo.

RIC. Si no lo hubiera dicho así, de sopeton, no hubiera acabado de decirlo en toda mi vida. Conque vamos, diga usted algo.

PEPA. Pero qué quiere usted que yo diga.

RIC. Usted debe decirme, que ya cansa de estar viuda...

PEPA. Eso no es verdad.

RIC. Y que puesto que yo soy...

PEPA. Suprima usted la enumeracion de sus cualidades.

RIC. En fin, dígame usted lo que quiera, con tal que me diga que corresponde á mi cariño.

PEPA. Ay, Ricardo, yo no miento nunca!

RIC. ¿Cómo, Pepita? ¿Es posible? ¿Me da usted calabazas?

PEPA. No... es que aún no me he cansado de estar viuda.

RIC. Pero se cansará usted, de seguro.

PEPA. Pues cuando me canse...

RIC. Qué?

PEPA. Hablaremos.

RIC. Oh! Pero no vaya usted á estarlo pensando diez ó doce años, porque á mí me corre mucha prisa .. el tiempo se pasa muy pronto, y usted... usted es mayor que yo.

PEPA. (Á qué me llama jamona?)

RIC. Andará usted hácia los treinta.

PEPA. Ando hácia donde quiero.

RIC. Se ha incomodado usted?

PEPA. No señor.

ESCENA XI.

DICHOS, AMALIA.

AMALIA. Me he entretenido un poco, porque...

PEPA. Si ya sé por qué te has entretenido.

AMALIA. Ricardo, tome usted su instancia.

RIC. Venga. (*En el momento de tomar el papel, se presenta Manuel en la puera del foro.*)

ESCENA XII

DICHOS, MANUEL.

MAN. (Otro papelito?) Señores!...
AMALIA. Jesus, hombre, me has asustado.
PEPA. Qué corto ha sido el paseo!
MAN. Sí señora.
AMALIA. Te has cansado mucho?
MAN. No lo sé.
AMALIA. Vaya, vienes de mal talante.
PEPA. Habrán bajado los fondos.
MAN. Pues no señora, han subido.
RIC. Y usted jugaba á la baja?
MAN. Yo no jugaba á nada.
RIC. Los capitalistas...
MAN. Yo no soy capitalista: no tengo un céntimo y me voy á hacer de la Internacional.
AMALIA. De la Internacional?
MAN. Justo. Va á haber aquí una de petróleo... (Yo necesito tener una explicacion con mi mujer. Y este par de posmas no me dejan solo con ella. Tendré que echarlos.)
PEPA. (Qué estará pensando?)
MAN. Ricardo!
RIC. Qué?
MAN. Me hace usted el favor de entrar en mi despacho y examinar un prospecto de contrato que hay sobre mi mesa?
RIC. ¿Y el perro de presa que tenia usted ántes?
MAN. Se ha muerto.
RIC. De qué?
MAN. De rabia.
PEPA. ¡Caramba! Y le ha mordido á usté?
MAN. Sí señora. Ya creo que voy sintiendo los efectos.
AMALIA. Pero ¿qué estás diciendo? Si en tu cuarto no habia ningun perro.

RIC. Entónces entraré con mucho gusto.

MAN. Sí... (Y con eso, si la explicacion de mi mujer no me satisface, le tengo á mano para romperle el alma.) (Váse Ricardo por la izquierda.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ménos RICARDO.

PEPA. (Creo que lo vamos á volver loco.)

MAN. Pepita... ¿Se ha asomado usted al balcon del gabinete de Amalia?

PEPA. Sí señor.

MAN. ¡Qué vistas tiene!

AMALIA. Hombre ¡qué ha de tener vistas!

PEPA. No se ve más que un zapatero de portal que hay en frente.

MAN. Está usted en un error. No hay más que asomarse, cerrar los ojos y se ve el Campo del Moro y la Castellana...

PEPA. Y los jardines de Aranjuez.

MAN. Precisamente. Haga usted la prueba. Asómese usted...

PEPA. (¡Qué modo tan poco ingenioso de echarme!) Amigo mio, para inventar pretextos se necesita mucho de aquí. (Por la frente.) Voy á asomarme al balcon.

AMALIA. Iré contigo.

MAN. Quédate aquí.

AMALIA. Vaya un tono.

PEPA. (Si te pega grita.) (Váse por la derecha.)

ESCENA XIV.

AMALIA, MANUEL.

MAN. Señora mia!

AMALIA. Cuando en mi casa me hablan con crianza...

MAN. Se acuerda usted del dia que nos casamos?

AMALIA. Sí señor.

MAN. Yo estaba enamorado como un tonto.

AMALIA. Favor que usted se hace.
MAN. Nada más que justicia. En cuanto á usted, yo no sé si estaría enamorada...
AMALIA. Por lo ménos no era como una tonta.
MAN. Es que aquel dia usted fué mi mujer...
AMALIA. Y usted mi marido.
MAN. Pero ahora...
AMALIA. Qué? (Si sabrá algo?)
MAN. Ahora anda usted en secretitos con Ricardo.
AMALIA. Toma... toma... Yo creí que era otra cosa. (No sabe nada.)
MAN. Qué otra cosa queria usted que fuera?
AMALIA. Otra cosa.
MAN. Y yo necesito saber esos secretos.
AMALIA. Si son secretos claro está que no pueden decirse.
MAN. ¿Ni á mí?
AMALIA. Ménos que á nadie.
MAN. (¿Qué significa esto?)
AMALIA. Me parece que hablo bien claro.
MAN. Señora! (Cogiéndola.)
AMALIA. Suelta la mano, que me haces daño.
MAN. Usted no sabe que no puede tener secretos para su marido?
AMALIA. Para mi marido no... pero para usted...
MAN. Pues qué soy yo?
AMALIA. (Ay, que por poco lo digo..) No... nada.
MAN. Que no soy nada?
AMALIA. No, si no digo eso... sino que... en fin, que ya no digo una palabra.
MAN. Es que yo te haré hablar, yo te haré decir qué asuntos son los que tienes con ese zascandil, y qué papelitos eran los que le entregabas cnando yo he llegado aquí hace un cuarto de hora.
AMALIA. Mira, no le llames zascandil á Ricardo.
MAN. Le defiendes? Pues le llamaré zascandil, y danzante, y mequetrefe, y todo lo que me dé la gana, y ademas es probable que le rompa el bautismo.

AMALIA. Ricardo es mi abogado.

MAN. Las mujeres casadas no necesitan abogado porque no tienen personalidad.

AMALIA. ¿Cómo que no?

MAN. No señora, una mujer es una especie de mueble que no puede hacer nada sino por medio de su marido.

AMALIA. Tú has dicho que perteneces á la Internacional y esa sociedad no admite el matrimonio.

MAN. Sí, pero las leyes no tienen efecto retroactivo. Por consiguiente, tú eres mi mujer...

AMALIA. (¡Ay, ojalá!)

MAN. Y lo serás por los siglos de los siglos.

AMALIA. Amen.

MAN. Ante Dios me juraste obediencia y fidelidad.

AMALIA. No lo niego.

MAN. No lo niegas, pero tienes secretos con Ricardo.

AMALIA. ¿Te juré no hablar á las gentes?

MAN. Y le entregas papelitos.

AMALIA. Tampoco juré no escribir.

MAN. Pero en mis barbas...

AMALIA. Si todo el mal consiste en eso, procuraré ser más disimulada.

MAN. Amalia, mírame frente á frente.

AMALIA. Ya te miro.

MAN. ¿Te parece que tengo yo facha de ser uno de esos maridos bobalicones á quienes todos señalan con el dedo y que son el hazme reir de las gentes?

AMALIA. No.

MAN. Entónces confiésalo todo.

AMALIA. Pero ¿qué quieres que confiese?

MAN. Todo.

AMALIA. Bueno, pues ya está confesado.

MAN. ¿Conque lo confiesas? ¡Infame!

AMALIA. Pero no querias que lo confesára?

MAN. (Paseándose con agitacion.) Ya no puedo tener duda... Lo soy. Soy uno de tantos... He entrado de lleno en la cofradía... Me daria ahora mismo más cachetes!...

¿Quién me mandó casarme?

AMALIA. (Pero Manuel está loco.) (Sale Ricardo por la izquierda.)

MAN. (Él aquí! Me había olvidado. Tengamos calma.)

ESCENA XV.

DICHOS, RICARDO.

MAN. Acérquese usted, señor mio. Mírela usted...

RIC. Bien.

MAN. Mírale tú. (Haciendo á Amalia levantar la cabeza.)

AMALIA. Ya le veo.

MAN. Mírense ustedes. (Pausa.) Hacen ustedes bien en guardar silencio. ¿Qué podrian ustedes decir en este momento?

RIC. Pero ¿qué significa esto?

MAN. Lo sé todo... Su cómplice de usted me lo ha confesado.

RIC. Mi cómplice?

MAN. Sí, Amalia.

RIC. ¿Conque lo ha confesado? Pues ha hecho muy bien.

MAN. Hombre!

RIC. Perfectísimamente.

MAN. ¿Con que usted aprueba?...

RIC. He hecho más.

MAN. Sí?

RIC. Se lo he aconsejado.

MAN. De veras?

RIC. Ahí está que no me dejará mentir. Desde el primer dia la he estado aconsejando que no tuviera miedo...

MAN. ¿Conque usted era el que la animaba?

RIC. Es natural.

MAN. Sí, muy natural.

AMALIA. (Pero ¿qué va á decir ese hombre?)

RIC. Yo la decia: cuentéselo usted todo á Manuel.

MAN. Vaya una frescura!

RIC. Manuel es muy bueno...

MAN. Sí, pero por bueno que uno sea...

AMALIA. (Esto se pone cada vez peor.)
RIC. Pero Amalia estaba empeñada en que usted no supiese una palabra.
MAN. No, y en eso tenia razon.
RIC. Usted no hubiera puesto ningun obstáculo.
MAN. Pues no habia de poner?
RIC. Y marchando los tres de acuerdo...
MAN. Qué habiamos de marchar de acuerdo? Pues no faltaba otra cosa. (Yo no he visto un hombre más descarado que éste.)
RIC. Ello, al fin, nada tiene de particular.
MAN. Yo digo que tiene mucho.
RIC. Casos de estos se ven todos los dias en los tribunales.
MAN. Como que allí no se ven más que crímenes.
RIC. Al fin, no hay nada perdido.
MAN. Usted será el que no haya perdido nada.
RIC. Ni usted tampoco.
AMALIA. (Bajo á Ricardo.) (Cállese usted.)
MAN. En fin, puesto que Amalia lo ha confesado y usted no lo niega... ya sabe usted lo que tiene que hacer.
RIC. Sí, hombre... ya he dicho á Amalia que hoy podemos dar el último golpe...
MAN. Pero señor mio!...
RIC. Le entiendo á usted... Tiene usted prisa, es natural. Voy al momento. Tomaré un coche, y estoy aquí dentro de un cuarto de hora. (Váse por el foro.)
MAN. Señora... Aguárdeme usted aquí. (Voy á escribir al coronel Enriquez para que me sirva de padrino.) (Váse por la izquierda.)

ESCENA XVI.

AMALIA, luégo PEPA.

PEPA. Se marchó ya ese... ciudadano.
AMALIA. Se ha metido en su cuarto hecho una fiera.
PEPA. Pues está en buena situacion para ratificar hoy su casamiento.

AMALIA. Figúrate que ha tomado celos de Ricardo.
PEPA. De veras?
AMALIA. Y le ha desafiado.
PEPA. Pero él no habrá admitido.
AMALIA. Le ha dejado con la palabra en la boca.
PEPA. Muy bien hecho.
AMALIA. Ay, Pepa, ¡qué apuros pasa una mujer para casarse con su marido!

ESCENA XVII.

DICHAS, MANUEL, de bata, con gorro y zapatillas.

AMALIA. (¡Dios mio!)
PEPA. (Lo que es en ese traje no puede ir á la vicaria.)
MAN. Pues señor, iba yo á hacer una majadería que me hubiera pesado toda la vida.
PEPA. (Pues no parece que está muy incomodado.)
AMALIA. ¿Por qué te has puesto la bata?
MAN. (Me han de pagar los malos ratos que me han dado.) Me la he puesto, porque así estoy más cómodo.
AMALIA. Y las zapatillas?
MAN. Sí... Pepita me dispensará... pero me incomodaban las botas, y como hoy no pienso salir de casa.
AMALIA. Qué capricho es ese?
MAN. Creo que va á llover.
AMALIA. Si hace un sol hermosisimo.
MAN. No importa, yo creo que va á llover. ¿No opina usted lo mismo, Pepita?
PEPA. Yo no. El dia está hermoso y el Zaragozano anuncia tiempo seco.
MAN. Razon de más para que llueva. No se fie usted del almanaque.
AMALIA. ¡Calle! De dónde has sacado ese gorro?
MAN. De mi cómoda.
AMALIA. No lo habia visto nunca.
MAN. Lo tengo desde ántes de casarme.
AMALIA. Ya!

MAN. Me lo bordó una muchacha!...

PEPA. Hombre!

MAN. Muy guapa... Vaya, tenia un pelo... lo mismo que el de Pepita.

AMALIA. (Qué significa esto?)

MAN. Y una mano!...

PEPA. Tambien la mano?

MAN. Como la de usted... (Se la coge.) Justo, tan blanca y tan pequeña...

AMALIA. (Interponiéndose.) Bien, hombre, ya sabemos cómo son las manos bonitas. Y lo que es aquella...

MAN. ¿Qué?

AMALIA. Ella podria tener las manos bonitas, pero los gorros que bordaba eran bastantes feos...

MAN. ¡Pues no me dice que es feo este gorro! Hija, veo que no entiendes una palabra en materia de gorros. Lo que tenia aquella pecadora es un pie... en fin, un pie de gaditana, porque creo que yo he dicho á ustedes que era de Cádiz.

AMALIA. No nos lo has dicho ni nos hacia falta saberlo.

MAN. Para piés, Andalucía; por eso Pepita, que es de Sevilla...

PEPA. (Pero este hombre está loco.)

MAN. Y sin embargo, yo quise á una vizcaina.

AMALIA. Tambien á una vizcaina?

MAN. ¡Oh! Pero á ésta la queria con buen fin.

PEPA. Veo que usted no se ha descuidado.

MAN. Yo he sido terrible! Pues si de las solteras pasáramos á las casadas...

PEPA. Hombre!

MAN. No, pero no pasaremos.

PEPA. Es lo mejor.

MAN. Y si entráramos en el capítulo de viudas...

AMALIA. Tambien...

MAN. En las viudas he hecho verdaderos estragos.

PEPA. Pareceria usted una epidemia...

MAN. Esa es la palabra.

PEPA. Pues el caso es que yo tengo luégo que salir de casa y quisiera que usted me acompañara.

MAN. Pues vamos andando. (Le ofrece el brazo.)

PEPA. En ese traje?

MAN. Es verdad. Me mudaré en seguida.

PEPA. No corre tanta prisa. Amalia aún no está vestida...

MAN. Tambien viene Amalia.

PEPA. Sí, y Ricardo.

MAN. Vamos á parecer una manifestacion pacífica.

PEPA. Pacífica... hasta cierto punto.

MAN. Trata usted de alterar el órden?

PEPA. No, pero en fin... ¿Usted no sabe adónde vamos?

AMALIA. (¿Qué irá á decir?)

MAN. Si usted no me lo dice...

PEPA. Pues vamos á la vicaría...

AMALIA. (¡Ah!)

MAN. ¿Á la vicaría?

PEPA. Nada ménos. Allí tenemos que firmar un contrato de boda.

AMALIA. Sí, el de Pepita...

MAN. Con Ricardo?

PEPA. Eso mismo.

AMALIA. Porque has de saber que Pepita está muy enamorada de Ricardo... pero mucho...

PEPA. Yo te diré, mujer...

AMALIA. No disimules... Si ántes me lo estabas diciendo.

MAN. Pero amiga mia ¿es posible? Usted no ha pensado que ese muchacho es demasiado jóven.

AMALIA. Á Pepa le gustan mucho los pollos. Precisamente, ántes me decía que los hombres que pasan de veinticinco años la son antipáticos...

MAN. (Ya sé por qué me lo dices.)

AMALIA. Hasta extrañaba que yo me hubiera casado contigo.

MAN. Creo que no soy ningun carcamal.

AMALIA. Eso decia yo... Manuel todavia no es muy viejo. Va para cincuenta años.

MAN. Si acabo de cumplir los treinta y uno.

AMALIA. Pues por eso vas para cincuenta.

MAN. Es verdad.

AMALIA. Pero como Pepa quiere tanto á Ricardo y él es un pollo, no extraño que tú le parezcas viejo.

MAN. Ya que es preciso que lo diga todo... Lo diré... Pepita, lo siento mucho, pero Ricardo se ha marchado de aquí hace un momento encargándome que desbarate su boda.

PEPA. Qué?

MAN. Resígnese usted.

PEPA. Pero...

MAN. La da á usted calabazas.

PEPA. Esto me faltaba! Pero ¿quién le ha dicho á ese imbécil que yo quiero casarme con él, que yo le amo?

MAN. Pues él está resuelto á no casarse.

AMALIA. (Levantándose.) Eso es mentira.

MAN. Mujer.

AMALIA. La palabra es dura, pero la sostengo. Ricardo te quiere mucho, está deseando casarse.

MAN. Tu opinarás lo que quieras. pero él me ha dado ese encargo y el recadero ni perezoso ni embustero.

PEPA. Pues lo que es yo no me quedo con ese desaire. Ese muchacho se casa conmigo hoy mismo, ó se acuerda del santo de mi nombre. Ahora soy yo quien se empeña.

MAN. (Á que voy á servir á Ricardo sin quererlo?)

AMALIA. Si ya te he dicho que todo son mentiras de mi marido: él es el que quiere impedir tu casamiento.

PEPA. Como Ricardo haya dicho eso, no lo impedirá.

MAN. No, Pepita, yo no puedo consentir que usted se haga desgraciada por despecho.

AMALIA. Lo ves? ¡Qué descaro!

PEPA. Póngase usted la levita.

MAN. Yo?

PEPA. Sí, hombre, va usted á venir conmigo á casa de Ricardo y de una oreja le llevamos á la la vicaría.

AMALIA. Yo iré con ustedes. (Una vez allí á ver si le hago ca-

sarse conmigo.) Vamos, ponte la levita...

MAN. Pero señoras...

PEPA. (Llamando.) ¡Juan! ¡Juan! (Tira de una campanilla.) Está sordo ese hombre.

JUAN. (Apareciendo en la puerta del foro.) Señora!

PEPA. Traiga usted la levita de su amo.

AMALIA. Y las botas.

PEPA. Y el sombrero.

JUAN. Está muy bien. (Váse por la izquierda.)

MAN. (Me van á vestir como á un pelele.)

PEPA. (Desairarme á mi ese mequetrefe.)

JUAN. (Saliendo.) Aquí está todo.

PEPA. Bien, váyase usted. (Juan deja la levita, botas y sombrero, y váse por el foro.)

AMALIA. Quítate la bata.

MAN. Pero...

PEPA. Que se quite usté la bata, hombre... (Le empiezan á quitar la bata.)

AMALIA. Y el gorrito. (Lo coge y lo tira al suelo con rabia.)

MAN. Mujer, que es el de la gaditana.

AMALIA. Pues por eso.

PEPA. Póngase usted las botas.

MAN. Todo sea por Dios. (Se quita las zapatillas y se pone las botas.)

AMALIA. Ahora la levita.

PEPA. Y en seguida el sombrero. (Se lo pone.)

MAN. Ea... ya estoy dispuesto.

PEPA. Amalia, saca nuestras mantillas.

AMALIA. Voy por ellas. (Váse por la derecha y vuelve á salir en seguida con las dos mantillas.)

MAN. (Me parece que la venganza ha sido completa.)

AMALIA. Toma tu mantilla.

PEPA. Venga. (Se las ponen.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, RICARDO.

RIC. Á los piés de ustedes, señoras.

MAN. Ya está aqui Ricardo. Me alegro, así podré ponerme mi bata. (Se quita el sombrero y va á quitarse la levita, pero se contiene al ver á Amalia que coge la bata y dice acercándose á la chimenea.)

AMALIA. Si te quitas la levita, la tiro á la chimenea.

PEPA. (Cogiendo á Ricardo de la mano.) Oiga usted, señor mio, ¿conque usted desprecia mi mano?

RIC. Yo, Pepita?

MAN. Hombre, ¿no me encargó usted que desbaratase la boda?

RIC. Pero señor, esto es una jaula de locos...

MAN. Oiga usted, señor mio, ese es un insulto, y yo no debo tolerar...

PEPA. (Adios, ahora lo toma por donde quema.)

RIC. Pues haga usted lo que quiera, aunque yo soy hombre pacífico, estoy fuera de mi y me siento capaz de cometer cualquier atropello.

AMALIA. Por Dios, Ricardo.

MAN. No, déjale. Ahora mismo voy á buscar padrinos... aunque bien pensado no necesito salir de esta sala. Pepita...

PEPA. ¿Quiere usted que yo sea padrino?

MAN. No; pero puede usted ser madrina.

PEPA. Madrina de un duelo.

MAN. De un duelo no, pero sí de una boda.

RIC. De una boda?

MAN. De la mia.

AMALIA. Manuel!

MAN. Ven acá, desconfiada. Lo sé todo... ahora sí que lo sé todo.

AMALIA. Quién te lo ha dicho?

MAN. *La Correspondencia de España*. (La saca.)

TODOS. *La Correspondencia de España?*

MAN. Sí, la de anoche, que hace poco he encontrado en mi cuarto, y que cuenta como caso raro la nulidad de nuestro casamiento y su próxima ratificacion.

AMALIA. Y dice nuestros nombres? ¡Qué vergüenza!

RIC. Conque Pepita, nosotros nos casamos, ¿ó qué hacemos?

PEPA. Hombre, por hoy creo que basta con la boda de Manuel y Amalia.

RIC. Bien, pero otro dia...

AMALIA. Yo le respondo á usted de que se hará la suya.

MAN. Amalia, ¿me das un abrazo?

AMALIA. Pepa, ¿que hago?

PEPA. Mujer, ya vas á casarte!...

RIC. Puede usté dárselo á cuenta. (Manuel abraza á Amalia.)

PEPA. Ahora á la vicaría.

RIC. Justo, á casarme con mi mujer.

Y no es exigencia mia,
si no costumbre arraigada,
el pedir una palmada
al ir á la vicaría.



FIN.



OBRAS DRAMATICAS

DE

D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.

EN UN ACTO.

Pobre importuno...
Un tenor, un gallego y un cesante.
Una comedia más.
No mateis al alcalde.
Me conviene esta mujer.
Don Ramon.
El sombrero de mi mujer. [1]
Por una bota.
El sastre del Campillo.
¡El rey ha muerto! ¡viva el rey!
El laurel y la oliva.
La muerte de Cleopatra.
La propiedad es un robo.
Un vago de real órden.
En estado de sitio.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

La piedra de toque.
Marco Spada.
Un dia en el gran mundo.
La mejor joya, el honor.
Los pobres de levita.
La última batalla.
Del enemigo el consejo.
¡Me gustan todas!

1 Zarzuela con música de D. Salvador Ruiz.